

Miguel Ángel Sierra

Hace unas semanas una persona a la que respeto y aprecio me mando un recorte de prensa en el que el jefe de la CRUE (Conferencia de Rectores de Universidades de España. Me referiré a este organismo por su acrónimo dado que cuando lo he hecho como el “Sanedrín” me han llamado la atención), el profesor Roberto Fernández afirmaba con rotundidad *Diez años de Bolonia*: “Debemos estar orgullosos del sistema universitario español”¹. En ese mismo acto se afirmaba que:

La sociedad española se sienta orgullosa de sus universidades, que viven el mejor momento de su historia. Tiene muchas más probabilidades de ir a una universidad que esté entre las 800 mejores del mundo que un ciudadano de Estados Unidos.

El día anterior, el profesor Carlos Andradás, Rector de la UCM, había escrito:

Se está alejando la investigación de los departamentos universitarios y esto tiene un efecto letal... Han surgido iniciativas, como ICREA o Ikerbasque, que montan estructuras de investigación paralelas a las universidades. Bienvenidas sean, pero que se hagan en conexión con las universidades y no en su detrimento... Se nos achaca que nuestro sistema de gobernanza, contratación y gestión no es el adecuado para el desarrollo de la investigación avanzada. Pero quienes lo dicen son los que aprueban la ley de contratos, limitan las tasas de reposición para profesores y exigen acreditaciones para acceder a las universidades que impiden la internacionalización².

En ambos casos yo me dije: bueno, si personas tan sesudas y democráticamente elegidas (no nombradas por sus méritos o su capacidad para el puesto, sino democráticamente elegidas, que otra cosa no, pero a demócratas en la universidad no nos gana nadie), dicen eso, yo, que lo veo de otra forma, debo estar equivocado.

Lo deje así, hasta que en medio de un atasco escuché en la radio una entrevista, de nuevo, con el profesor Fer-



nández. En ella, entre otras muchas cosas, preguntaba a su entrevistador ¿Qué prefieres, tener una Universidad entre las 10 primeras del mundo, o 100 entre las primeras 800 del mundo? En ese momento tuve una epifanía. Entiendo que la carretera de A Coruña y un atasco no es el sitio más adecuado, pero yo tuve allí una revelación.

En uno de esos momentos de lucidez que de vez en cuando me asaltan –cada vez más escasos– pensé: una de dos: o la CRUE y el sistema universitario oficial viven en los mundos de yupi, o yo vivo en una distopía³, desde la que, como en las películas de ciencia ficción, atisbo retazos del mundo real. Ese mundo real es en el que vive la CRUE. Puesto que, como he dicho, ellos son más sesudos y, además, han sido elegidos democráticamente, la respuesta debe ser la segunda.

Desde esa distopía en la que vivo (debería decir vivimos, porque hay otros muchos que ven lo mismo que yo) percibo una universidad anclada en una burocracia anacrónica, con un sistema de gobernanza y contratación decimonónico y ahogado por la endogamia, envejecida y en la que la investigación está agonizando. Además, si por lo menos nuestros alumnos se formasen adecuadamente en la ciencia del siglo XXI me podría dar por satisfecho, pero no es así.

¹ Universidad Nebrija, 7 de Febrero de 2018.

² *El País*, 6 de Febrero de 2018.

³ La definición de la RAE de distopía, o antiutopía es una sociedad ficticia indeseable en sí misma.

A través de mi visión deformada al vivir en el universo distópico, me llegan, desde el mundo real una serie de aseveraciones recurrentes. Por no aburrirme voy a centrar en los mantras más al uso y que escucho desde hace cerca de 30 años.

Sin duda, el más genial de todos es “esta es la generación mejor preparada de la historia de la universidad española”. Digo yo que será la mejor titulada (títulos sí que tienen) porque preparada, lo que se dice preparada, salvo honrosas excepciones, no lo parece. Si medimos la preparación por su capacidad para tomar decisiones y enfrentarse a problemas, yo me cuestiono si la universidad está haciendo el trabajo por el que la sociedad le paga.

El segundo mantra es “hay que fomentar la transferencia a la industria...” Y de nuevo me pregunto: ¿a qué industria? ¿A la del turismo o la del ladrillo? Porque a la industria química lo veo difícil. No por nada, es que no tenemos industria química, y la poca que hay no tienen planes de I+D+i relevantes (dejo aparte las pocas internacionales farmacéuticas que quedan vivas todavía). Sin embargo, toda universidad que se precie tiene varios departamentos o vicerrectorados de transferencia e innovación, o un parque temático de desarrollo de “spin-offs”. En muchas, edificios enteros para alojar estas “spin-offs” que, desde mi visión deformada, cuando los he visitado los he visto vacíos.

El tercer mantra es “el acceso a los cuerpos docentes universitarios se hace en base a excelencia, y no existe endogamia”. La excelencia son, al parecer, los criterios de la ANECA que, valorar valora muchas cosas, pero la excelencia desde luego no (hablo desde el punto de vista privilegiado de haber pertenecido a una de las comisiones de esa agencia unos años). Respecto a las palabras de Andradás, tengo que romper una lanza a favor de “la Complu”. Desde el año pasado, algunos profesores se promueven al año por su excelencia curricular (4 el año pasado y 11 este en promociones a Cátedra). Impresionante si tenemos en cuenta el tamaño de mi universidad. El resto sigue el turno establecido (como en toda España) por su fecha de acreditación en la ANECA y su antigüedad en el cargo inferior. Si existe endogamia o no, mirad a vuestro alrededor. La respuesta no puede ser más evidente.

¿Quiénes son los culpables de esta situación? El gobierno con total seguridad. Ahora el del PP, antes el PSOE y

mañana ya veremos. Mientras tanto las universidades sigan por lo general apostando por “el de la casa” y que no se nos ocurra ir contra esto. Lo que nos han llamado a algunos que nos hemos atrevido a hacerlo no se puede escribir. La democracia en la Universidad es lo que tiene. Si a algún Rector se le ocurre ir contra la antigüedad y promover la excelencia lo mismo no le votan en las siguientes elecciones.

No voy a seguir. Como vivo en una distopía seguro que en el mundo real los alumnos “de Bolonia” salen excelentemente formados (en mi mundo no saben formular a nivel de master una silla ciclohexánica en proyección 3D, aunque claro en el mundo real lo que deben saber es dónde encontrar esa proyección, discutirla y analizarla, además de subrayar la palabra silla y discutirla con sus compañeros y compañeras).

En el mundo real, sin lugar a dudas, la transferencia a la industria se produce de forma eficiente. La industria busca en las universidades conocimiento. De estas universidades a las que se paga únicamente con dinero público, porque “son demasiado puras para venderse al capital” (literal), emergen “spin-offs”, y ayudan a competir a la industria española. Y, por último, la excelencia prima por encima de todo en la selección del profesorado universitario. No hay nada más que ver el número de candidatos que tiene cada plaza. Casi siempre supera la decena y se elige siempre (dentro del error experimental) al mejor.

Espero que el compartir una parte de mi epifanía no os haya aburrido demasiado. Si alguien se siente aludido pido disculpas. Si alguien tiene la curiosidad de saber cómo se llama en mi barrio a lo que hace el Sanedrín (perdón la CRUE, se me ha escapado) que me llame por teléfono. Eso no puedo escribirlo. Para terminar, os recomiendo el artículo que aparece en este número de *Anales de Química*, escrito por la profesora Manuela Martín. En él se recogen las conclusiones de una vida dedicada a la enseñanza. La visión que ofrece de distintos temas en ese escrito da cuando menos para pensar.

Gracias por leer.

MIGUEL Á. SIERRA
Editor General de *Anales de Química*